

## **Las Catedrales, Los No Lugares y El Nuevo Orden**

Orlando Mejía Rivera

*“Supongamos por un momento que se ha extinguido el catolicismo desde hace siglos, que se han perdido las tradiciones de su culto. Sólo subsisten las catedrales, secularizadas y mudas, monumentos hoy ininteligibles de una creencia olvidada”*  
Marcel Proust. *La muerte de las catedrales.*

**M**ilán, tres de la tarde. El Duomo y su plaza central. La estatua dorada de un ángel sostenida en la cúpula más alta de la iglesia parece un espejismo de la “ciudad de Dios” reflejando sus símbolos sagrados en la tierra. El centro de la plaza y el pasaje Víctor Manuel II están repletos de grupos de turistas, con sus guías que se distinguen por llevar en la mano una sombrilla alzada con los colores de las banderas de los países a los que pertenecen los viajeros. Un gran letrero se impone en la azotea del edificio más grande: “Banca Internacional Italiana”. Cada cinco metros hay un cajero automático y todos ellos forman un anillo alrededor de la catedral.

Mujeres chinas ofrecen pañoletas de seda en italiano e inglés. Un grupo de indígenas ecuatorianos interpreta "El Condor pasa" con flautas, quenás de madera y una organeta eléctrica de marca Yamaha, pero sus voces son opacadas por una manifestación de hombres y mujeres de edad avanzada, que enarbolan banderas verdes y reparten volantes que dicen: "Somos la liga de la pureza italiana, fuera los musulmanes de nuestro territorio". Algunos llevan estandartes con la imagen de un águila negra posada en un pico de nieve y una leyenda: "Dios, patria y familia". Las cámaras y las video grabadoras de los turistas enfocan su atención sobre este puñado de ancianos vestidos con trajes antiguos y rostros arrugados y secos.

Es una tarde de otoño, pero el sol calienta con fuerza y hace brillar a la legión de ángeles, papas, apóstoles y guerreros de piedra y metal que nos miran desde los techos, bóvedas y ventanales del gigantesco *Duomo* terminado de construir, luego de varios siglos, en tiempos del Renacimiento. No puedo evitar recordar el *Misterio de las catedrales* de Fulcanelli y su idea de que las catedrales góticas son enciclopedias de piedra que guardan los secretos de la filosofía hermética y de la alquimia medieval por medio de las formas de la tradición católica cristiana.

Sin embargo, el lenguaje de las piedras se nos ha olvidado en esta época, no sólo el "argot" de los iniciados en las claves de Hermes Trimegisto, sino también la simbología de la religión católica, pues basta entrar por las puertas del *duomo* para contemplar un espectáculo alucinante: cientos de turistas se apretujan por los pasillos laterales y las capillas periféricas de la catedral, la mayoría escucha a los guías y filman sin descanso las figuras bíblicas talladas en piedra, los retablos, las imágenes de los santos y de Cristo; se oye un murmullo permanente de risas sofocadas y expresiones de curiosidad. Pero la actitud de la masa es similar a la de los espectadores en un hipódromo o a la vista de los escaparates de un

gran centro comercial. Los letreros ya no prohíben la entrada de turistas en horas de misa, apenas piden guardar un poco de silencio y de respeto. Hoy predomina el espectáculo en las catedrales y el fluir del dinero turístico no puede parar, el culto es secundario, un adorno más para las excursiones monstruosas y veloces.

En el centro de la catedral y al lado del altar mayor, un sacerdote de pelo cano se encuentra en plena liturgia, seis o siete ancianas con pañolones negros rezan de rodillas y sostienen camándulas en las manos, un grupo de jóvenes turistas japoneses y norteamericanos se quedan filmando esta escena y se les ve las caras de asombro y excitación. Una japonesa adolescente vestida con un elegante sastrero de marca, que no quita el lente de la filmadora de las viejitas, se voltea y le pregunta a un amigo: "¿Son cristianas de verdad?... ¿No son actrices?" Él se sonríe y le contesta con entusiasmo: "claro que no, acá en Italia todavía quedan algunos católicos auténticos, pero no te recomiendo que les pidas autógrafos porque la mayoría de ellos son muy cascarrabias por lo ancianitos". Ambos se ríen y continúan su alegre recorrido turístico por entre estatuas y losas mortuorias que tienen inscripciones en latín y griego.

Al costado izquierdo de una capilla dedicada a la virgen María se cruza un pequeño pasadizo y se llega a una puerta lateral donde existe una taquilla y se venden las boletas para tomar el ascensor y poder llegar a uno de los techos de las torres del *duomo*. La vista es maravillosa y la cercanía de las esculturas, los capiteles y los bajorrelieves permiten sentir la respiración del pasado sagrado en el presente profano. No obstante, los turistas se comportan como si el techo de la catedral fuera más bien una playa de la Costa Azul: grupos de alemanes e ingleses se quitan las camisas y se tiran boca arriba para asolearse. Un equipo de cine publicitario filma a una bella adolescente rubia que abraza con una mano a un ángel de piedra mientras en la otra tiene una gaseosa de marca "Sky" y dice: "Yo tomo Sky y los ángeles vienen a mí".

La gente aplaude y unas niñas suecas le piden a la modelo que les coloque su autógrafo en la frente de plástico de una muñeca *Barbie* de bolsillo.

Un grupo de obreros trabajan en la restauración de una columna donde se aprecia en un bajorrelieve la esfinge del arcángel San Gabriel. Un guía español afirma que la banca de Italia es la que da el dinero para mantener en perfecto estado a las catedrales, porque ellos son los que administran el negocio turístico y comercial que ellas generan. Según él la iglesia católica ha alquilado sus catedrales y por eso es que ya no pueden prohibir la entrada de turistas durante las ceremonias y rituales del culto. A la entrada del sótano hay un almacén que vende la imagen del *duomo* reproducida en llaveros, cuadernos, videos, libros, camisetas y el constante sonido de la registradora se asemeja al dulce tintineo de las campanitas de navidad. Las catedrales son ahora enciclopedias de símbolos olvidados y de signos nuevos de este mundo postmoderno, instaurados por el poder de las transnacionales. No es gratuito que el anillo de cajeros automáticos y de fastuosos edificios antiguos, restaurados por la banca internacional, rodeen casi siempre las catedrales europeas, tanto en Milán, como en Florencia, Venecia, etc.

En el *duomo* de Florencia y en la catedral de San Marcos de Venecia la presencia del turismo es todavía más abrumadora: largas colas de una multitud pluriétnica, pero vestidos de forma similar, con sus videograbadoras, máquinas fotográficas y una Coca Cola o una Pepsi en la mano, aguardan para entrar unos pocos minutos al interior de estas gigantescas ballenas de piedra, a la caza de una imagen de siglos que ya no somos capaces de comprender en su simbología interior.

En el *duomo* de Florencia se entra a un templo en “obra negra” comparado con la magnificencia del exterior que refleja ese sincretismo de arte y misticismo renacentista.

La catedral de los florentinos es una metáfora de lo que fue su sociedad de sabios y artistas en el Renacimiento: el misterio se oculta a la luz del día, porque su poder de ocultamiento no está en los espacios cerrados y oscuros, sino en las claves estéticas y lingüísticas de un “argot” para iniciados, es decir, los auténticos secretos son aquellos que tienen que ver con la profundidad del ser y el arquetipo de una época. De ahí la paradójica ceguera de estos tiempos: nunca antes tantos individuos pueden viajar y ver sitios lejanos, pero también nunca antes los viajeros están tan poco preparados para mirar lo extraño y decodificarlo mediante percepciones mentales auténticas y personales. Los turistas ven pero no observan, pues observar es reflexionar sobre aquellos que vemos y así reconocer lo diferente y lo similar. Sin embargo, observar requiere de un tiempo pausado, de pararse en la esquina de una calle y apreciar una torre de la catedral hasta trasladarnos, con la imaginación, a esa otra época donde fue hecha por las manos de miles de artesanos y la mente de soñadores clarividentes. Sólo se observa en silencio y agazapados en un mismo punto, a la espera del instante epifánico en que la eternidad de una cultura remota se nos revele a través de los ojos de un ángel de piedra, o de un mandala de granito que brilla por la luz de la luna desde el frontis del *duomo* de Florencia.

Es domingo y la plaza de San Marcos está inundada por el agua del mar. La entrada a la catedral se hace sobre tablones de madera, el agua cubre varios pasillos hasta una altura de 10 o 15 centímetros, pero la multitud no se amilana ante la incomodidad. El espacio interior del templo, a diferencia del *duomo* de Florencia, es más bello que su fachada exterior. Cientos de turistas recorren sus capillas y laberintos con esfinges de santos, mientras la misa se está celebrando en el altar mayor.

El espacio “sagrado” de los fieles católicos está separado por lazos y guardias de seguridad,

mientras varios letreros dicen: “sólo para fieles, prohibido el paso a turistas”. La escena es perturbadora: cientos de personas con sus videocámaras se paran a ver a un puñado de hombres y mujeres mayores, sentados en las bancas de madera, mientras un sacerdote joven habla de la necesidad de oír la voz de Cristo y renunciar a un mundo materialista y perverso que olvidó el desarrollo espiritual y el respeto a la dignidad humana. No puedo evitar pensar en una especie de zoológico cultural, donde encerrados en una jaula de esperanzas, lazos y fe, un pequeño grupo de creyentes es visto por unos visitantes, excitados y curiosos, de conocer a ese “viejo clan” de católicos que hablan de un mundo que ya está muerto o que nunca existió para la mayoría de ellos, sagrados consumidores de la ropa de marca, hijos de la iglesia tecnológica, comunidad de internautas y *gourmets* de hamburguesas de carne artificial. Los amplios espacios colonizados por los turistas, contrastan con este “gueto” minúsculo del altar mayor y las filas de bancas donde los fieles se intentan resguardar de ese flujo constante de miradas y pisadas profanas, que convierten en un escaparate de ritos y estatuas al templo de su señor. En catedrales como la de San Marcos, conviven superpuestos los “lugares” y los “no lugares”, que según Marc Auge: “si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar”.

La multitud de turistas transforman en “no lugares” los espacios de las catedrales que sólo siguen siendo “lugares sagrados” para una población de fieles auténticos que muestran signos de vejez y de estar en vías de extinción. Además la ciudad de Venecia, en especial, se ha convertido toda ella en un “no lugar”, pues parece un bello pueblo fantasma en manos de las transnacionales: cuando los turistas abandonan, a altas horas de la noche, sus callejuelas, sus bares, sus museos, sus

almacenes, sus restaurantes; la ciudad se apaga, ya casi nadie es habitante real de Venecia, comerciantes, turistas y empleados van a dormir a las poblaciones vecinas; Venecia queda solitaria, sus casas y puentes ya no tienen dueños verdaderos para quienes sus piedras y fachadas sean “lugares” cargados de nostalgia y memoria, como sólo lo pueden ser los sitios donde las personas hacen su “morada”. La morada es el espacio donde nuestro ser más profundo crea tejidos humanos de símbolos y sueños; Venecia ya no tiene “moradores”, sólo vendedores y clientes, por ello el mar y los “no lugares” la hunden poco a poco, y la han condenado a desaparecer en el fondo de las aguas y en el abismo de un territorio vacío de personas y lugares reales.

Como la caparazón de una tortuga muerta, Venecia sólo vive hoy como un simulacro de la cultura humana que representó, pero en realidad es una de las propiedades virtuales del “nuevo orden”, una variante de “Disneylandia” pero con la escenografía de los “aristócratas del renacimiento italiano”. En ella es más evidente la paradoja de las ciudades europeas: se han convertido en museo y en supermercado, donde el museo es una sección más del gran centro comercial en que se está transformando el mundo.

En la estación de trenes de Venecia una señora italiana, de unos setenta años, deambula apresurada por entre las sillas de la sala de espera. Se nota confusa y angustiada, triste y extraviada; de pronto balbucea: “Me he perdido, yo nací aquí en Venecia al igual que mis padres y mis abuelos, pero no sé como llegar a casa... tengo miedo de los americanos, oigan el sonido de los bombarderos, vienen para acá, corramos al refugio... pero ¿donde está el refugio?... me he perdido, ya no sé llegar a mi casa...”. La pobre vieja sigue mascullando su letanía y sale por la puerta principal de la estación, tal vez tiene una demencia de Alzheimer y por eso vive ahora en los tiempos pasados de la segunda guerra mundial.

Sin embargo, hasta cierto punto ella es también el símbolo de su ciudad y de su continente: Europa vive de su pasado esplendoroso, de su condición de museo, pero su población actual está envejeciéndose y a los jóvenes se les siente un profundo hastío por la vida. Turistas e inmigrantes del tercer mundo recorren las calles del “nuevo orden”, mientras las cadenas en serie de hoteles, almacenes y restaurantes transnacionales se repiten, de manera exacta, de ciudad en ciudad, de país en país, y el planeta se comienza a parecer a una casa de espejos.

El “nuevo orden” reemplaza “moradas” por “no lugares” y “ciudadanos” por “empleados y clientes”. Los turistas van de prisa por estas geografías distantes, para probar la excelencia de las “videocámaras” de Sony y luego comparar en sus casas los videos tomados, con los programas de viajes que la televisión ofrece las 24 horas. Las catedrales son utilizadas para la fundación de una nueva sacralidad: la comunidad de los turistas, de los vendedores y compradores de símbolos, de los taxidermistas de las nostalgias colectivas; en fin, las catedrales, como escribió hace un siglo, con don profético, Marcel Proust: “podrán ser secularizadas, y muchas lo serán: el gobierno no sólo dejará de subvencionar la celebración de las ceremonias rituales en las iglesias, sino que podrá transformarlas en todo lo que les plazca: museo, sala de conferencias o casino”.

## 2

Norman Mailer y José Saramago son dos escritores que nos tienen acostumbrados a la lucidez intelectual y a la independencia de pensamiento. Mailer, quien ha sido la conciencia crítica de su nación desde que publicó su primer libro *Los desnudos y los muertos*, ha dicho: «El último presidente verdadero que tendrá los Estados Unidos es Clinton, pues los que sigan sólo serán títeres de las corporaciones mundiales». A su vez, el

Nobel Saramago ha expresado en la presentación de su novela *La Caverna*, en honor a Platón, que: «La explotación ha alcanzado una exquisitez diabólica. Las multinacionales dominarán al mundo. Creo que esta civilización ha terminado y vamos a entrar en una mentalidad muy distinta». Ambos pensadores han coincidido en un diagnóstico que se hace evidente, pero que todavía trata de ser matizado por las transnacionales: la llamada globalización es el dominio absoluto de lo económico sobre lo político, lo cultural y lo social. Las imágenes de los «mass media» suplantando las realidades locales del mundo y permiten que los ciudadanos se sientan unidos a idénticos símbolos de consumo y dependiendo de su poder adquisitivo son convertidos en personas de primera, segunda o tercera categoría.

En las ciudades europeas se observan los contrastes del nuevo orden: en las plazas centrales, al lado de los monumentos majestuosos de las catedrales góticas y los museos famosos, se encuentran los letreros luminosos de la banca y las multinacionales, rodeados de cajeros automáticos y logos comerciales. En las aceras están los «rebuscadores» informales vendiendo pañuelos, pidiendo limosna, tocando la flauta; muchos son latinos, búlgaros, serbios, marroquíes, africanos y también europeos puros que viven en el «primer mundo» pero son ciudadanos de «tercera categoría». En el metro de Milán vi en varias ocasiones a mujeres italianas con niños de brazos, rostros macilentos y aspecto desnutrido, pidiendo una limosna y no se diferenciaban en nada de cualquiera de nuestros pobres que se suben a los buses a solicitar una moneda.

El «nuevo orden» ha democratizado la miseria de millones de individuos del «primer mundo» y del «tercer mundo» y ha formado una minoría de privilegiados cada vez más ricos y educados en las tecnologías del mercado. Ser un individuo del “primer mundo” o del “tercer mundo” ya

no depende del sitio donde se nace, sino de la capacidad de crédito que se tenga en *Visa* o en *Master Card*.

Umberto Eco ya lo planteó: esta época se parece a la estructura de la edad media donde una élite con dinero y conocimiento domina a una gran mayoría de pobres e ignorantes. Las conquistas de la modernidad pasan a ser mera teoría y por maquiavelismo se continua llamando «democracia» al nuevo totalitarismo de las corporaciones. En *El arte de la guerra*, una película reciente de espionaje, un personaje justifica la traición a su país con esta frase: «Los gobiernos llegan y se van, pero McDonald está siempre». Sin embargo, todavía no hemos llegado al unanimismo del “hermano mayor” orwelliano; los focos de la resistencia humanista se renuevan con otros códigos, nuevos discursos y las acciones aparecen para confrontar la “verdad oficial”.

Es una media tarde apacible y la plaza que rodea la catedral de Barcelona está llena de turistas y algunos artistas callejeros que ofrecen la realización de caricaturas o de bocetos de la catedral. Se escucha el murmullo de una manifestación que proviene de la avenida Layetana, tambores y cornetas son el coro de las consignas gritadas por jóvenes punkeros, estudiantes universitarios con pinta de *nerds*, adolescentes con el pelo pintado de rojo, verde y azul, con pantalones de cuero y *pearcing*s en los ombligos, las cejas, la nariz, los labios; señores calvos y barrigones llevando la pancarta del “partido comunista de Cataluña”; niños disfrazados de esqueletos, un grupo de payasos con letreros en las espaldas: “no podemos volver a reír ante tanta injusticia”; señoras con aspecto de abuelitas, de amas de casa, obreros con las manos untadas de arena y cal; miles de personas que ocupan veinte o treinta cuerdas y gritan al unísono: “Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Organización Mundial del Trabajo: ustedes asesinan 100.000 personas al día, porque sus tasas usureras de

interés hacen que el hambre sea la peste del nuevo milenio”. Esta es una de las manifestaciones del “movimiento antiglobalización” que cada vez toma más fuerza en los países europeos. Exigen que se condone la deuda externa de las naciones del tercer mundo y que la explotación económica que realizan las transnacionales tenga una obligación social y unos límites ecológicos en el uso de las tecnologías.

Un joven barcelonés, estudiante de ciencias económicas en la Universidad Politécnica de Cataluña, reparte un volante que dice LAS CATEDRALES, LOS NO LUGARES Y EL NUEVO ORDEN “Supongamos por un momento que se ha extinguido el catolicismo desde hace siglos, que se han perdido las tradiciones de su culto. Sólo subsisten las catedrales, secularizadas a ilusión del “consumimos tecnológico” o perdidos en la droga. Pero eso no es así. En este movimiento hay gente muy preparada en economía, expertos en computadoras y *Hackers* simpatizantes son el frente de la resistencia que más daño les hace todos los días, lo que pasa es que ellos no cuentan como los penetran en sus sistemas de seguridad informática. Hemos ido conformando una red con personas de Japón, de la China, de África, de América Latina, para no claudicar ante el gran poder que las corporaciones tienen. Ellos poseen la tecnología y el dinero, pero nosotros tenemos los ideales y la inteligencia necesaria para conocer sus secretos en sus propios centros nerviosos de información”. Martín, que es un buen lector de ciencia-ficción *Cyberpunk*, está convencido de que la novela *Neuromante* de William Gibson representa muy bien el futuro inmediato del planeta: en una sociedad degradada e injusta, donde la tecnología de las corporaciones y el sistema económico están al servicio de una élite que esclaviza a la mayoría de los seres humanos, aparece una minoría de jóvenes *Hackers* y “jinetes de inteligencias artificiales” que combaten el poder totalitario de las multinacionales mediante la guerra virtual en la red.

Martín es un símbolo de las fisuras del “nuevo orden”, que trata de imponer una visión única de la realidad y una estructura de supervivencia darwiniana en la cual la solidaridad y el amor no existen o son considerados un remanente afectivo de “la vieja carne” de los humanistas de siglos pasados. Sin embargo, Martín y todos estos manifestantes que han expresado su disidencia por las calles de Barcelona, de Seattle, de París, de Roma, encarnan el arquetipo de un pensamiento utópico de la sociedad, que jamás ha podido ser vencido ni extirpado de la humanidad. Ha resistido el peso de los imperios antiguos, la barbarie de los campos de concentración, las matanzas de millones que prefirieron la muerte física a renunciar a la dignidad y libertad de ser individuos irrepetibles.

He conversado con Martín en los jardines de la fabulosa catedral de La Sagrada Familia, concebida e iniciada en su construcción, a finales del siglo XIX, por el genio de Antonio Gaudí. Catedral de símbolos de futuro, como una visión de la tierra media del *Señor de los anillos* de Tolkien, la Sagrada Familia nos está recordando desde sus piedras viejas con formas nuevas que, como lo supo Shakespeare, “existen más cosas de las que vemos entre el cielo y la tierra”. El misterio que se esconde en el corazón humano es la fortaleza para luchar contra los totalitarismos de cualquier condición o especie. En ese sentido “el nuevo orden” y sus pretensiones antihumanas no logrará vencernos, mientras un solo “Martín” esté dispuesto a entregar su vida y su inteligencia al servicio de la dignidad del hombre y del pensamiento utópico.

En esta época de catedrales convertidas en centros comerciales, de “moradas” transformadas en “no lugares”, de millones de seres humanos esclavizados por la miseria y la ignorancia, de un planeta frágil herido en sus ecosistemas por los tecnócratas dementes; a pesar de todo esto, contemplo la figura extraña y fantástica de la catedral de la Sagrada Familia

de Gaudí y algo me dice en mi interior que llegar al fondo del abismo es también descubrir un nuevo camino entre las ruinas de los símbolos muertos, presentir una nueva cultura que no hemos bautizado, pero que late entre pecho y pecho, en ese espacio inexpugnable y eterno de la imaginación y las potencialidades espirituales y mentales de los seres humanos. Todavía somos libres al cerrar los ojos y los mecanismos de vigilancia no han penetrado con sus *chips* el fondo del cerebro humano, ni el misterio de su corazón. La resistencia de los humanistas revela un universo potencial que no ha sido mancillado por el “nuevo orden”. De ahí que el pensamiento de Fulcanelli siga vigente a pesar de todo: “Lo mismo que el alma humana tiene sus pliegues secretos, así la catedral tiene sus pasadizos ocultos”.



*No es necesario que salgas de casa. Quédate junto a tu mesa y escucha. Ni siquiera escuches, espera. Pero ni siquiera esperes, quédate completamente quieto y solo. Se te ofrecerá el mundo para el desenmascaramiento, no puede hacer otra cosa, extasiado se retorcerá entre ti.*  
 Franz Kafka